

cuentre en las *Memorias* de la señora de Motteville, ni en los conciertos del cardenal Mazarino?

El orden de fechas lleva al abate Arnauld a Roma después de Milton. Aquel abate, que había empuñado las armas, refiere una anécdota curiosa por el nombre de uno de los personajes, al par que recuerda las costumbres de las cortesanas. El *héroe de la fábula*, el duque de Guisa, nieto del *Acuchillado*, yendo en busca de su aventura de Nápoles, pasó por Roma en 1647: conoció allí a Nina Barcarola. Maison-Blanche, secretario del señor Deshayes, embajador en Constantinopla, quiso ser rival del duque de Guisa; pero le salió mal la cuenta, pues substituyeron (era de noche, y en una alcoba sin luz) una horrible vieja a Nina. «Si por una parte fué grande la risa, por otra la confusión fué tanta, como se puede imaginar. Habiéndose escapado con gran trabajo el Adonis de los brazos de su deidad, huyó desnudo de aquella casa como si el diablo le fuera a los alcan- ces.»

La señora de Sevigné recibe los versos de Coulanges, y le contesta desde el castillo de las Rocas, en mi pobre Bretaña, a diez leguas de Combourg: «¡Qué triste residencia al lado de la suya, mi amable primo! Bien que es conveniente para una solitaria como yo, así como la de Roma para aquel cuya estrella es errante. ¡Qué dulcemente le trató la fortuna, como usted dice, aun cuando le haya hecho alguna mala pasada!»

Entre el primer viaje de Coulanges a Roma, en 1656, y el segundo, en 1689, habían transcurrido treinta y tres años. No cuento sino veinticinco perdidos desde mi primer viaje a Roma en 1803 hasta mi segundo en 1828. Si hubiera conocido a la señora de Sevigné, la habría curado de la pena de vegetar.

Spon, Missou, Dumont, Addison, siguen sucesivamente a Coulanges. Spon con Wheler, su compañero, me sirvieron de guías en las ruinas de Atenas.

Es curioso leer en Dumont cómo se hallaban dispuestas en la época de su viaje en 1690 las obras maestras que admiramos. Se veían en el Belvedere los ríos del Nilo y del Tíber, el Antinóo, la Cleopatra, el Laocoonte, y el supuesto torso de Hércules. Dumont coloca en los jardines del Vaticano los pavos reales de bronce que estaban en el sepulcro de Escipión el Africano.

Addison viaja a lo estudiante, y su

excursión se resume en citas clásicas que llevan el sello de recuerdos ingleses: al pasar por París ofreció sus poesías latinas al señor Boileau.

El padre Labat sigue al autor de Catón: es un hombre singular ese fraile parisiense del orden de predicadores. Misionero en las Antillas, filibustero, hábil matemático, arquitecto y militar, diestro artillero que asestaba el cañón como un granadero, crítico erudito, que puso a los dieppeses en posesión de su descubrimiento primitivo en Africa, tenía el ánimo inclinado a la ironía y el carácter a la libertad. No sé de viajero alguno que dé nociones más claras y exactas sobre el gobierno pontificio. Labat recorre las calles, asiste a los procesiones, se mezcla en todo, y se burla casi de todo.

El hermano predicador refiere que en los capuchinos, en Cádiz, le dieron sábanas, que habían sido nuevas hacía diez años, y que vió un San José vestido a la española, con espada al cinto, sombrero bajo el brazo, cabellos empolvados y anteojos sobre la nariz. En Roma asiste a una misa. «Nunca—dice—he visto juntos tantos músicos mutilados y una sinfonía más numerosa. Los inteligentes decían que no había cosa tan hermosa. Yo decía lo mismo, para demostrar que también era inteligente; pero si no hubiese tenido el honor de ser del séquito del oficiante, habría dejado la ceremonia, que duró por lo menos tres horas, que a mí me parecieron seis.»

Cuanto más me acerco a la época en que escribo, más semejantes son los usos de Roma a los usos de hoy.

En tiempo de Brosses, las romanas llevaban pelo postizo: la costumbre venía desde muy antiguo. Proporcio pregunta a su *vida* por qué se complace en adornar su cabellera.

Quid juvat ornato procedere, vita, capillo?

Las galas, nuestras abuelas, prestaban cabellos a las Severinas, a las Priscas, a las Faustinas, a las Sabinas. Velleda dice a Eudoro, hablando de su cabellera: «Esta es mi diadema, y la he guardado para ti.» No era una cabellera la conquista mayor de los romanos, pero era una de las más duraderas: se extrae frecuentemente de los sepulcros de las mujeres ese adorno entero que ha resistido a las tijeras de las hijas de la noche, y en vano se busca la frente elegante que coronó. Las trenzas perfuma-

das, objeto de la idolatría de la más efímera de las pasiones, han sobrevivido a imperios; la muerte que destroza todas las cadenas no ha podido romper esta ligera madeja.

El magistrado viajero Brosses, en sus retratos y en sus escritos, tiene un falso aire de Voltaire, con quien sostuvo una disputa cómica con motivo de un campo. Brosses habló muchas veces en el borde de la cama de la princesa Borghese. En 1803, vi el palacio Borghese, que brillaba entonces con todo el esplendor de la gloria de su hermano: ¡Paulina Bonaparte no existe ya! Si hubiese vivido en los tiempos de Rafael, éste la habría representado bajo la forma de uno de esos amores que se apoyan sobre el lomo de los leones en la Farnesina, y la misma languidez hubiera arrebatado al pintor y al modelo.

Brosses representa a los ingleses en la plaza de España, sobre poco más o menos como los vemos hoy, viviendo juntos, haciendo mucho ruido, mirando a los pobres hermanos de arriba abajo, y volviéndose a su chiribitil rojizo de Londres sin haber dirigido siquiera una mirada al Coliseo. Brosses obtuvo el honor de hacer la corte a Jacobo III.

«De los dos hijos del pretendiente — dice—, el primogénito tiene cerca de veinte años, y el otro quince. Oigo decir a los que los conocen a fondo, que el mayor vale más y es más querido en la familia; que tiene bondad de corazón y gran valor; que siente en extremo su situación, y que si no logra salir de ella, no será por falta de intrepidez. Me han referido que habiéndole llevado muy joven aún al sitio de Gaeta, cuando la conquista del reino de Nápoles por los españoles, en la travesía se le cayó el sombrero al mar. Quisieron cogérselo, pero él dijo: «No, no vale la pena: será preciso que algún día vaya a buscarlo yo mismo.»

Brosses cree que si el príncipe de Galles intenta alguna cosa, no se saldrá con ella, y expone sus razones. De vuelta a Roma, después de sus brillantes estremos, Carlos Eduardo, que llevaba el nombre de conde de Albany, perdió a su padre; casóse con la princesa de Stolberg-Goedern, y se estableció en Toscana. Verdad es que visitó secretamente a Londres en 1753 y 1761, como refiere Hume; asistió a la coronación de Jorge III, y

dijo a uno que lo reconoció entre la muchedumbre: «El hombre que es objeto de toda esa pompa es al que menos envidio.»

El enlace del pretendiente no fué feliz: la condesa de Albany se separó de él, y fijó su residencia en Roma: allí fué donde la halló otro viajero, Bonstetten: el noble bernés, en su ancianidad, me dió a entender en Ginebra que poseía cartas de la primera juventud de la condesa de Albany.

Alfieri encontró en Florencia a la mujer del pretendiente, y la amó para siempre. «Doce años después — dice—, en el instante en que escribo todas estas miserias, en esa edad deplorable en que ya no hay ilusiones, conozco que la amo más cada día, a medida que el tiempo destruye el único encanto que ella no debe a sí misma, el brillo de su belleza pasajera. Mi corazón se eleva, se hace superior, y se dulcifica por ella, y me atrevería a decir lo mismo del suyo, que yo sostengo y fortifico.»

He conocido a la señora de Albany en Florencia: la edad había producido, indudablemente en ella, un efecto contrario al que produce, por lo general; el tiempo ennoblece el rostro, y cuando éste es de raza antigua, imprime algo de su sello en la frente que ha surcado: la condesa de Albany, de cuerpo grueso y rostro sin expresión, tenía el aire común. Si las mujeres de los cuadros de Rubens envejeciesen, se asemejarían a la señora de Albany en los años en que yo la conocí. Mucho siento que ese corazón, *fortificado* y *sostenido* por Alfieri, haya necesitado otro apoyo. Recordaré aquí un pasaje de mi carta sobre Roma al señor de Fontanes:

«¿Sabe usted que no he visto más que una sola vez al conde Alfieri en mi vida, y que fué al colocarle en su ataúd? Me dicen que apenas estaba mudado: su fisonomía me pareció noble y grave: la muerte, sin duda, añadía a ella una nueva severidad: el ataúd era algo corto, e inclinaron la cabeza del cadáver sobre el pecho, lo cual le obligó a hacer un movimiento formidable.»

En 1803 vi por un momento en Roma al cardenal York, ese Enrique IX, último de los Estuardos, de edad de setenta y nueve años. Tuvo la debilidad de aceptar una pensión de Jorge III; la viuda de Carlos I había solicitado otra en vano

de Cromwell. Por lo tanto, la raza de los Estuardos ha empleado ciento diez y nueve años en extinguirse después de haber perdido el trono que no volvió a recobrar. Tres pretendientes se transmitieron en el destierro la sombra de una corona. Todos tenían inteligencia y valor: ¿qué les ha faltado? La mano de Dios.

Por otra parte, los Estuardos se consolaron con la vista de Roma; no eran sino un ligero accidente más en esos grandes escombros, una pequeña columna rota, erigida en mitad de un gran camino de ruinas. Su raza, al desaparecer del mundo, tuvo otro ejemplo más con la caída de la vieja Europa: ¡la fatalidad inherente a los Estuardos arrastró con ellos en el polvo a los otros reyes, entre quienes estaba Luis XVI, cuyo abuelo había rehusado un asilo al descendiente de Carlos I, y Carlos X ha muerto en el destierro, y su hijo y su nieto andan errantes por la tierra!

El viaje de Lalande a Italia en 1765 y 1766 es lo mejor y más exacto que hay sobre la Roma de las artes y la antigua Roma. «Me gusta leer a los historiadores y poetas — dice —; pero no pueden ser leídos con mayor placer que cuando pisa uno la tierra que los sostenía, paseándose por las colinas que describen, y viendo correr los ríos que han cantado.» No está esto muy mal para un astrónomo que comía arañas.

Duclós, tan descarnado casi como Lalande, hace esta observación tan ingeniosa: «Las piezas de teatro de los diferentes pueblos son una imagen bastante exacta de sus costumbres. Al arlequín, criado y personaje principal de las comedias italianas, lo representan con muchas ganas de comer, que provienen de una necesidad habitual. Nuestros criados de comedia son, por lo común, borrachos, lo que podrá suponer crápula, mas no miseria.»

La admiración declamatoria de Dupaty no ofrece comparación a la aridez de Duclós y de Lalande; pero hace sentir la presencia de Roma: se conoce por un reflejo que la elocuencia del estilo descriptivo ha nacido bajo el hábito de Rousseau *spiraculum vitæ*. Dupaty se aproxima a esta nueva escuela, que muy pronto iba a substituir con lo sentimental, lo obscuro y lo amanerado a la verdad, a la claridad y a la naturalidad de Voltaire. No obstante, a través de su afectada jerga, Dupaty observa con exac-

titud; explica la paciencia del pueblo de Roma por la vejez de sus monarcas sucesivos: «Un papa — dice —, es siempre para él un rey que se muere.»

En la villa Borghese ve Dupaty acercarse la noche. No queda más que un rayo del día que muere sobre la frente de Venus. ¿Se expresarían mejor los poetas de ahora? Véase cómo se despide de Tívoli: «Adiós, valle; soy un extranjero: no habito vuestra hermosa Italia, y jamás os volveré a ver; pero quizá mis hijos vengan a visitaros algún día: sed para ellos tan encantador como lo habéis sido para su padre.» Algunos de los hijos del erudito y del poeta ha visitado Roma, y habrán podido ver el último rayo del día morir sobre la frente de la *Venus genitrix* de Dupaty.

Apenas Dupaty dejó Italia, fué Goethe a reemplazarle. ¿Oyó nunca el presidente del parlamento de Burdeos hablar de Goethe? Y, sin embargo, el nombre de Goethe vive sobre esa tierra donde ya se ha desvanecido el de Dupaty. No es esto que me guste el poderoso genio de Alemania: tengo pocas simpatías hacia el poeta de la materia: siento a Schiller, y oigo a Goethe.

Cuando el águila de Bonaparte dejó escapar Roma de entre sus garras, volvió a caer ésta en el seno de sus pacíficos pastores: entonces apareció Byron en las derruidas murallas de los Césares, y arrojó su imaginación desolada sobre tantas ruinas, como un manto de luto. ¡Roma! Tú tenías un nombre, y él te dió otro, que te habrá de quedar; te llamó «la *Niobe de las naciones*, privada de sus hijos y de sus coronas, sin voz para decir sus desgracias, llevando en sus manos una corona vacía, cuyas cenizas hace mucho tiempo están dispersas.»

Después de esta última tempestad de poesía, no tardó Byron en morir. Pude ver a Byron en Ginebra, y no le vi; hubiera podido ver a Goethe en Weimar, y no le he visto; pero vi caer a madama de Staël, que, desdeñando vivir más allá de su juventud, pasó rápidamente al Capitolio con Corina: ¡nombres imperecederos, cenizas ilustres que se han asociado al nombre y a las cenizas de la ciudad eterna!

COSTUMBRES ACTUALES DE ROMA. — LOS SITIOS Y EL PAISAJE. — CARTA AL SEÑOR VILLEMMAIN.

Así se han sucedido los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia; pero la gran transformación se verificó especialmente por nuestra doble ocupación de Roma.

La República romana, establecida bajo la influencia del Directorio, por ridícula que fuera, con sus dos *cónsules* y sus *lictors* (malos *facchini* tomados entre el populacho), no dejó de hacer felices innovaciones en las leyes civiles: de las prefecturas imaginadas por esa República romana, es de donde Bonaparte tomó la institución de sus prefectos.

Hemos llevado a Roma el germen de una administración que no existía: Roma, convertida en capital del departamento del Tíber, fué organizada de un modo superior. El sistema hipotecario lo ha recibido de nosotros. La supresión de los conventos, y la venta de los bienes eclesiásticos, sancionada por Pío VI, han debilitado la fe en la permanencia de la consagración de las cosas religiosas. Este famoso *index*, que todavía hace algún ruido del lado de acá de los Alpes, no hace ninguno en Roma: por algunos bayocos se obtiene el permiso de leer, sin ningún temor, las obras prohibidas. El *index* entra en el número de esos usos que quedan como testigos de los tiempos antiguos en medio de los tiempos modernos. En las repúblicas de Roma y de Atenas el título de *rey*, los nombres de las grandes familias pertenecientes a la monarquía, ¿no eran respetuosamente conservados? Solamente los franceses son los que se enojan neciamente contra sus sepulcros y sus anales; los que echan abajo las cruces, y devastan las iglesias, en odio al clero del año mil o mil ciento. Nada tan pueril ni tan tonto como esos ultrajes de reminiscencia: nada que más pueda hacer creer que somos incapaces de hacer algo serio, y que los verdaderos principios de la libertad nos serán desconocidos para siempre. Lejos de despreciar el pasado, deberíamos, como hacen todos los pueblos, tratarlo como a un anciano venerable que refiere en nuestro hogar lo que ha visto. ¿Qué mal puede ocasionarnos? Nos instruye y nos entretiene con sus relatos, sus ideas, su lenguaje, sus maneras, y sus

trajes de otra época; pero carece de fuerza, y sus manos están débiles, trémulas.

Los franceses, al pasar por Roma, dejaron en ella sus principios: esto es lo que sucede siempre cuando se efectúa la conquista por un pueblo más avanzado en civilización que el pueblo subyugado: testigos de ello los griegos en Asia en tiempo de Alejandro, y los franceses en Europa en tiempo de Napoleón Bonaparte, al arrebatarse los hijos a sus madres, y al obligar a la nobleza italiana a dejar sus palacios y a tomar las armas, apresuraban la transformación del espíritu nacional.

En cuanto a la fisonomía de la sociedad romana, los días de concierto y baile, se pudiera uno creer en París. Los Altieri, la Palestrina, la Zagarola, la Del Drago, la Lante, la Lozzano, etc., no serían extranjeras en los salones del barrio de Saint-Germain; y, sin embargo, algunas de esas damas tienen cierto aire asustado, que, a mi juicio, es del clima. La encantadora Falconieri, por ejemplo, está siempre junto a una puerta, dispuesta a huir al monte Mario, si la miran: la quinta de Millini es suya; una novela colocada en esa quinta abandonada, bajo cipreses, a la vista del mar, no carecería de valor.

Pero cualesquiera que sean los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia, se nota en ella un hábito de grandeza, al que nosotros, mezquinos bárbaros, no nos acercamos. Aun subsisten en Roma sangre romana y tradiciones de los dueños del mundo.

Hoy los nobles romanos, arruinados por la revolución, se encierran en sus palacios, viven con parsimonia, y constituyéndose en agentes de negocios de ellos mismos. Cuando uno tiene la suerte (cosa bastante rara) de ser admitido por las noches en sus casas, atraviesa vastos salones sin muebles, apenas alumbrados, a lo largo de los cuales blanquean en la densidad de la sombra estatuas antiguas que parecen fantasmas o muertos exhumados. Al extremo de esos salones, el lacayo haraposo que acompaña introduce a uno en una especie de gineceo: en torno de una mesa se hallan sentadas tres o cuatro viejas o jóvenes desaliñadas, trabajando a la luz de una lámpara en labores menudas y cruzando algunas palabras, con un padre, un hermano, un marido medio recostado obscuramente a un lado, en sillones destrozados. Hay,

sin embargo, un no sé qué de bello y de soberano, que procede de la alta alcurnia, en aquella asamblea parapetada detrás de obras maestras, y que, al pronto, se podría tomar por un aquelarre. La especie de los chichisveos ha concluído, aunque aun haya curas porta-chaes y porta-braserillos: también se suele ver alguno que otro cardenal instalado en casa de una mujer como un canapé.

El nepotismo y el escándalo de los pontífices son ya imposibles, como los reyes no pueden ya tener queridas en título y en honores. Ahora que la política y las aventuras trágicas de amor cesaron de ocupar la vida de las nobles damas romanas, ¿en qué pasan su tiempo en el interior de su casa? Sería curioso penetrar en el fondo de esas costumbres: si me quedo en Roma, trataré de hacerlo.

Visité Tívoli el 18 de diciembre de 1803: en aquella época decía yo en un relato que se imprimió entonces: «Este lugar es propio para la reflexión y meditación: recorro mi vida pasada; siento el peso de lo presente, y trato de profundizar mi porvenir: ¿dónde estaré, qué haré, y qué seré de aquí a veinte años?»

¡Veinte años! Esto me parecía un siglo: yo pensaba habitar mi tumba antes de que ese siglo hubiese transcurrido. Y no soy yo el que ha pasado, sino el dueño del mundo, y su imperio, los que han huído.

Casi todos los viajeros antiguos y modernos no vieron en la campiña romana sino lo que llaman *su horror y su desnudez*. El mismo Montaigne, que indudablemente no carecía de imaginación, dice: «Teníamos a lo lejos, a nuestra mano izquierda, al Apenino, la perspectiva del país desagradable, corcovado, lleno de profundos barrancos... el terreno árido, sin árboles, una gran parte estéril.»

El protestante Milton echó sobre la campiña romana una mirada tan seca y tan árida como su fe. Lalande y el presidente Brosses son tan ciegos como Milton.

Sólo en el *Viaje sobre la escena de los seis últimos libros de la Eneida*, del señor de Bonstetten, publicado en Ginebra en 1804, un año después de mi carta al señor de Fontanes (impresa en *El Mercurio* a fines del año 1803), se encuentran algunos sentimientos verdaderos de aquella admirable soledad; y aun

esos están llenos de reconvenções. «¡Qué placer es ver a Virgilio bajo el cielo de Eneas, y, por decirlo así, en presencia de los dioses de Homero!—dice el señor de Bonstetten—. ¡Qué soledad tan profunda en aquellos desiertos, en que no se ve más que mar, bosques ruinosos, campos, grandes praderas y ni un solo habitante! Sólo veía, en una vasta extensión de país, una casa, y ésa estaba próxima a mí, sobre la cima de la colina. Voy a ella, y la encuentro sin puerta; subo una escalera, y entro en una especie de habitación: un ave de rapiña había hecho allí su nido...»

»Estuve por algún tiempo asomado a una ventana de la casa abandonada, y veía a mis pies aquella llanura tan rica y magnífica en tiempo de Plinio, ahora sin cultivadores.»

Desde mi descripción de la campiña romana se ha pasado de la denigración al entusiasmo. Los viajeros ingleses y franceses que me siguieron, han marcado todos sus pasos de la Storta a Roma por éxtasis. El señor de Tournon, en sus *Estudios estadísticos*, entra en la vía de admiración que tuve la dicha de abrir. «La campiña romana — dice — desenvuelve a cada paso la grave belleza de sus inmensas líneas, de sus planos numerosos y de un hermoso hacinamiento de montañas. Su monótona grandeza hiere y eleva el pensamiento.

Tenemos algunas cartas de los grandes paisajistas: Poussín y Claudio Lorenés no dicen una palabra de la campiña romana. Pero si su pluma calla, su pincel habla: el *agro romano* era una fuente misteriosa de bellezas, en donde bebían, y que ocultaban por una especie de avaricia de genio y como por temor de que el vulgo la profanase. ¡Cosa singular! Ojos franceses han sido los que mejor vieron la luz de Italia.

He vuelto a leer mi carta al señor de Fontanes sobre Roma, escrita hace veinticinco años, y confieso que la he encontrado con tal exactitud, que me sería imposible quitarle ni añadirle nada. Una compañía extranjera ha venido este invierno (1829) a proponer el laboreo de la campiña de Roma. ¡Ah, señores; gracias por vuestros parques y vuestros jardines ingleses sobre el Janículo! Si debieran afeár algún día los eriales en donde se rompió el arado de Cincinato, y en los que se inclinan todas las hierbas al soplo de los siglos, huiría de Roma para no volver a poner en ella los pies en mi

vida. Id a llevar a otro sitio vuestros arados perfeccionados: aquí la tierra no brota ni debe brotar más que sepulcros. Los cardenales cerraron los oídos a los cálculos de las bandas negras que habían acudido a demoler los restos de Túsculo, que tomaban por castillos de aristócratas: hubieran hecho cal con el mármol de los sarcófagos de Pablo Emilio, como habían hecho gárgolas con el plomo de los ataúdes de nuestros padres. El Sacro Colegio está por lo pasado: además, está demostrado, con gran confusión de los economistas, que la campiña romana daba al propietario el cinco por ciento en pastos, y no rendiría más que uno y medio en trigo. No es por pereza, sino por un positivo interés, por lo que el cultivador de las llanuras concede la preferencia a la *pastorizia* sobre el *maggesi*. El producto de una hectárea en el territorio romano es casi igual el rendimiento de igual medida en uno de los mejores departamentos de Francia: para convenirse, basta leer la obra de monseñor Nicolai.

Ya he dicho que experimenté disgusto al principio de mi segundo viaje a Roma, y concluí por pegar con las ruinas y el sol: estaba aún bajo la influencia de mi primera impresión, cuando el 3 de noviembre de 1828 respondí al señor Villemain:

«Su carta, caballero, ha llegado muy oportunamente a mi soledad de Roma, y ha suspendido en mí el mal del país que me había acometido con fuerza. Ese mal no es otra cosa que mis años, que me quitan los ojos para ver como veía antes: mi ruina no es bastante grande para consolarse con la de Roma. El pasearme solo ahora en medio de todos esos escombros de los siglos, no me sirve ya sino de escala para medir el tiempo: retrocedo a lo pasado; veo lo que he perdido, y el escaso resto de tiempo futuro que tengo delante de mí; cuento todas las alegrías que podrían quedarme, y no encuentro ninguna; me esfuerzo en admirar lo que admiraba, y ya no lo consigo. Vuelvo a mi casa para soportar mis honores abrumados por el *sirocco* o pasado por la *tramontana*. Esa es toda mi vida, si se exceptúa un sepulcro que aun no he tenido valor para visitar. Aquí se ocupan mucho de los monumentos ruinosos, se les apuntala, y se les quita sus flores y sus plantas: las mujeres que

yo había dejado jóvenes se han hecho viejas, y las ruinas se han rejuvenecido. ¿Qué quiere usted que se haga aquí?

»Espero que mi retiro habrá contribuído algún tanto a hacer cesar una oposición temible: Francia ha conquistado para siempre sus libertades públicas. Mi sacrificio debe acabar ahora con mi papel. No pido más que volver a mi *Enfermeria*. Sólo tengo elogios para este país, en el que he sido recibido maravillosamente: he encontrado aquí un gobierno lleno de tolerancia y bastante instruído en lo que pasa fuera de Italia; pero nada me halaga más que la idea de desaparecer completamente de la escena del mundo: es bueno hacerse preceder en la tumba del silencio que ha de encontrar uno en ella.

»Le doy gracias por haber tenido la bondad de hablarme de sus trabajos. Hará una obra digna de usted, y que aumentará su reputación. Si usted tuviera que hacer aquí algunas investigaciones, haga el favor de indicármelas: una excavación en el Vaticano podría proporcionarle tesoros. ¡Ay! no he visto sino demasiado a ese pobre señor Thierry, y le aseguro que su recuerdo me persigue sin cesar; tan joven, tan amante del trabajo, y marcharse: y como sucede siempre al verdadero mérito, su espíritu se iba mejorando, y la razón tomaba en él el lugar del sistema: todavía espera un milagro. He escrito por él, y ni siquiera me han contestado. Más feliz he sido por usted, y una carta del señor de Martignac me hace confiar que al fin le harán a usted justicia, aunque tardía. Yo no vivo ya sino para mis amigos: permítame contarle entre los que me quedan. Quedo, caballero, con tanta sinceridad como admiración su más afectísimo servidor (1).

»CHATEAUBRIAND.»

A la señora Recamier.

«Roma, sábado 8 de noviembre de 1828.

»El señor de la Ferronnays me comunica la rendición de Varna, que yo sabía ya. Creo haberle dicho que toda la cuestión me parecía encerrada en la entrega de la plaza, y que el gran turco no pen-

(1) A Dios gracias, el señor Thierry ha vuelto a la vida, y ha reanudado con nuevas fuerzas sus hermosos importantes trabajos: trabaja de noche; pero como la crisálida: «La ninfa se encierra con placer en ese sepulcro de oro y seda que la oculta a los ojos de todos, etc.»

saría en la paz sino cuando los rusos hubiesen hecho lo que no hicieron en las guerras anteriores. Nuestros periódicos han sido bien miserablemente turcos en estos últimos tiempos. ¿Cómo han podido olvidar jamás la noble causa de Grecia, y manifestar admiración ante unos bárbaros que esparcen sobre la patria de los grandes hombres y sobre la parte más hermosa de Europa la esclavitud y la peste? Nosotros, los franceses, somos así; un poco de descontento personal nos hace olvidar nuestros principios y los sentimientos más generosos. Los turcos, derrotados, apenas me causarían compasión; vencedores, me inspirarían horror.

»Mi amigo, señor de la Ferronnays, ha quedado en el poder. Me lisonjeo de que mi determinación de seguirle habrá hecho alejar a los concurrentes a su cartera. Pero al fin será preciso que salga de aquí: no aspiro más que a volver a mi soledad y a dejar la carrera política. Tengo sed de independencia para mis últimos años. Las generaciones nuevas están educadas, y encontrarán establecidas las libertades públicas, por las que tanto he luchado; apodérense, pues, de ellas, pero no abusen de mi herencia, y que vaya yo a morir en paz al lado de usted.

»Anteayer fui a pasearme a la villa Panfilo: ¡qué hermosa soledad!»

«Roma, sábado 15 de noviembre.

»Se ha celebrado un primer baile en casa de Torlonia. He encontrado en él a todos los ingleses de la tierra, y me creía todavía embajador en Londres. Las inglesas parecen figurantas comprometidas para bailar en el invierno en París, Milán, Roma y Nápoles, y que vuelven a Londres después de haber concluido su compromiso en la primavera. Los saltitos sobre las ruinas del Capitolio, las costumbres uniformes que la alta sociedad lleva a todas partes, son cosas bastante extrañas: ¡si me quedase aún el recurso de salvarme en los desiertos de Roma!

»Lo que hay aquí de deplorable, lo que sienta mal a la naturaleza de los lugares, es esa multitud de inspidas inglesas y de frívolos *dandys* que, encadenados por los brazos como las comadrejas por las alas, pasean su hastío y su insolencia en las fiestas, y se establecen en casa de uno como en una posada. Esa Gran Bretaña, vagabunda y derrenegada en las solemnidades públicas, salta

sobre vuestras plazas, y riñe, a puñetazos, con ustedes para arrojarlos de ellas. Durante el día se traga apresuradamente los cuadros y las ruinas, y viene después, haciéndoles a ustedes mucho honor, a devorar los pasteles y los helados de sus reuniones. No sé cómo un embajador puede sufrir a esos huéspedes groseros, y no los hace poner a la puerta.»

EXPLICACIÓN SOBRE LA MEMORIA QUE VA A LEERSE.—MEMORIA.—PRIMERA PARTE.

He hablado en el Congreso de Verona de la existencia de mi *Memoria* sobre Oriente. Cuando la envié de Roma en 1828 al conde de la Ferronnays, ministro entonces de Estado, no era el mundo lo que es ahora: en Francia existía la legitimidad; en Rusia no había perecido la Polonia; España era todavía borbónica; Inglaterra no tenía todavía el honor de protegernos. De consiguiente, muchas cosas se han hecho viejas en esa *Memoria*. Hoy mi política exterior, por muchos conceptos, no sería la misma; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas; pero en el fondo han quedado las verdades. He insertado esta *Memoria* íntegra para vengar una vez más a la Restauración de las reconveniciones absurdas que se han obstinado en dirigirle, a pesar de la evidencia de los hechos. Tan pronto como la Restauración eligió sus ministros de entre sus amigos, no dejó de ocuparse de la independencia y del honor de Francia: se pronunció contra los tratados de Viena, reclamando fronteras protectoras, no por la gloria vana de extenderse hasta las orillas del Rin, sino para buscar su seguridad. Se rió cuando le hablaron del equilibrio de Europa, equilibrio roto con tanta injusticia hacia ella: por eso deseó primero hacerse fuerte en el Mediodía ya que habían querido desarmarla en el Norte. En Navarino volvió a hallar una marina y la libertad de Grecia; la cuestión de Oriente no la cogió de sorpresa.

He conservado tres opiniones sobre Oriente desde la época en que escribí dicha *Memoria*.

1.ª Si la Turquía europea debe ser dividida, debemos tener una parte en ese reparto por un aumento de territorio en nuestras fronteras, y por la posesión de alguna base militar en el Archipiélago. Comparar el reparto de Turquía con el reparto de Polonia es un absurdo.

## MEMORIA

## PRIMERA PARTE

2.ª Considerar Turquía tal como estaba en el reinado de Francisco I, como una potencia útil a nuestra política, es quitar tres siglos a nuestra historia.

3.ª Pretender civilizar Turquía, dotándola de barcos de vapor y caminos de hierro, disciplinando sus ejércitos, enseñándola a dirigir sus escuadras, no es extender la civilización en Oriente, sino introducir la barbarie en el Occidente. Otros futuros Ibrahim podrán hacer retroceder el porvenir a la época de Carlos Martel, o a la del sitio de Viena, cuando fué salvada Europa por esa heroica Polonia, sobre quien pesa la ingratitud de los monarcas.

Debo hacer notar que he sido el único, con Benjamín Constant, que señaló la impresión de los gobiernos cristianos: un pueblo cuyo orden social está fundado en la esclavitud y la poligamia, es un pueblo que es necesario confinar a los climas de los mongoles.

En último resultado, la Turquía europea, convertida en vasalla de Rusia en virtud del tratado de Unkiar Skelessi, no existe ya. Si la cuestión debe decidirse inmediatamente, cosa que dudo, sería, quizá, mejor que un imperio independiente tuviese establecida su capital en Constantinopla e hiciera un todo de Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto a Mehemet-Alí, arrendatario y aduanero inexorable, el Egipto, en interés de Francia, está mejor guardado por él que lo estaría por los ingleses.

Estos son los prolegómenos que me parecían necesarios para la inteligencia de la *Memoria* que sigue, y que se encuentra igualmente en el ministerio de Estado.

Carta al señor conde de La Ferronnays.

«Roma, 30 de noviembre de 1828.

»En su carta particular del 10 de noviembre, mi noble amigo, me decía usted: «Le envío un breve resumen de nuestra situación política, y espero que será tan amable que me dará a conocer en cambio sus ideas, siempre tan dignas de ser conocidas en semejante materia.»

»Su amistad, noble conde, me juzga con demasiada indulgencia; remitiéndole la *Memoria* adjunta, yo no creo de modo alguno ilustrarle; no hago más que obedecerle.»

«A la distancia en que me encuentro del teatro de los sucesos, y en la ignorancia casi completa en que estoy del estado de las negociaciones, apenas me es posible razonar convenientemente. No obstante, como hace mucho tiempo tengo adoptado mi sistema sobre la política interior de Francia; como yo, por decirlo así, he sido el primero en reclamar la emancipación de Grecia, someto gustoso, noble conde, mis ideas a su ilustración.

»Todavía no se había iniciado la cuestión del tratado del 6 de julio, cuando yo publiqué mi *Nota sobre Grecia*. Esta nota encerraba el germen del tratado: yo propuse a las cinco grandes potencias de Europa dirigir un despacho colectivo al Diván, exigiéndole imperativamente la terminación de toda hostilidad entre la Puerta y los griegos, y, en el caso de una negativa, las cinco potencias habrían de declarar que reconocían la independencia del gobierno griego, y que estaban dispuestas a recibir a los agentes diplomáticos de este gobierno.

»Esta *Nota* fué leída por los diferentes gabinetes. El puesto que yo había ocupado como ministro de Estado daba cierta importancia a mi opinión, pero lo que hubo aquí de extraordinario fué que el príncipe de Metternich se mostró menos opuesto al espíritu de mi *Nota* que el señor Canning.

»Este último, con el cual yo había tenido correspondencias bastante íntimas, era más orador que gran político; más hombre de talento que hombre de Estado. Tenía, por lo general, cierta envidia de los triunfos, y, sobre todo, de los de Francia. Si la oposición parlamentaria hería o exaltaba su amor propio, se precipitaba en mal camino y se deleitaba en los sarcasmos e invectivas. Por esto, después de la guerra de España, desechó la demanda de intervención que yo conseguí con tanto trabajo del gabinete de Madrid para el arreglo de los asuntos de ultramar: la razón secreta de este paso fué que él no había hecho esa demanda, y no quería que Inglaterra, representada en un congreso general, no estuviese ligada por los actos de este congreso, y permaneciera siempre en disposición de obrar por sí. Por eso también hizo el se-